



MERCAT DE LA CONCEPCIÓ. BARCELONA

Día de colegio

PABLO MANZANO BEN

Un chico con granos reía a grandes carcajadas mientras sostenía su teléfono móvil entre las piernas.. ¿De qué se ríe? se preguntó Luis irritado, saliendo del trance en que se hallaba sumido. Oteó el horizonte desde la esquina del aula en que se encontraba aislado su pupitre buscando la causa de las risas. ¿Qué era tan gracioso?

Finalmente, lo descubrió: uno de los chicos se bajaba los pantalones y hacía señas a otro llamándole “primo”, y reía y se sonrojaba un poco. Las carcajadas de los alumnos se hicieron homogéneas. La profesora daba la clase:

—...en este caso nos encontraríamos con una balanza de pagos deficitaria, porque el saldo que tenemos es negativo. ¿Lo entendéis?

—¡Qué gilipollas!— pensó Luis, y bajó la vista a su libro de texto, lleno de dibujos y anotaciones a bolígrafo. Se concentró en lo que había hecho en clase hasta aquél momento: una caricatura de Yosi, el de los Suaves, y en completar la letra de “Tierra de la libertad”, que había inmortalizado en casi todo el margen.

—¿Paran ya las risitas?— preguntó la profesora mirando al infinito a través de sus gafas—. ¿Dejamos de reírnos?

El chico de granos gritó ocultándose tras el alumno que se sentaba delante suyo:

—¡¡Chester!!

Así la llamaban. Luis no sabía muy bien por qué. Tenía algo que ver con un personaje de un anuncio. Ya lo había oído más veces, por lo que no le llamó la atención y prosiguió con lo que estaba haciendo.

La delgada profesora de Economía se levantó. Al ver que comenzaba a acercarse, el chico que había quedado en paños menores se subió los pantalones rápidamente. Luis por su parte estaba absorto en su labor. Por su mente circulaban imágenes muy dispares: personajes de Tolkien, de Poe y Eva, su novia. ¿Cuándo vendría Calamaro a Barcelona?



—¡Me tienes harta!

La profesora le quitó de un tirón el libro de texto.

—¡De hoy no pasa, hoy llamo a tus padres!

—¿Por qué?

—¡Mira, que no atiendas me da igual, pero por lo menos haces que me estés escuchando!

—¡Pero si la estaba escuchando!

—¡Estabas dibujando obscenidades en tu libro!

Luis la miró. La profesora se refería a un dibujo que Luis había garrapeado sobre algún gráfico alguna tarde que sus padres lo forzaron a estudiar: un hombre y una mujer abrazados, desnudos. ¿Podía haber algo más puro? ¿Cómo se podía ser tan pedante? ¡“Obscenidades”!

—¡Hala colega, pero qué cerdo!— exclamó una niña de voz chillona, pelo teñido de rojo, pendiente en la lengua y serios problemas de acné juvenil.

—Mis padres están de viaje— dijo Luis a la profesora.

—¡Pues cuando vuelvan se van a encontrar con una sorpresa, porque tú mañana aquí no vuelves! ¡Por lo menos en mi clase no entras! ¿Quién te cuida?

—Mi tía.

—Pues hala, largo de aquí, ya hablaré yo con ella luego.

Luis se levantó, cogió su mochila y salió del aula.

Por el estrecho pasillo se dirigió a la salida del pabellón. Un chico pequeño, algunos cursos menor que Luis, salía del baño. Luis deseó que no advirtiese su presencia.

—Hola, Luis.

Luis apretó el paso.

—¿Hoy no te has traído ningún libro, Luis?

¿Qué responder? Mejor ignorarlo. Luis pasó de largo.

—¿No te has traído el discman, Luis? ¿Por qué no me contestas, Luis?

Un reguero de agua salía del baño. Alguien había encharcado el suelo y poco a poco había llegado hasta el pasillo. Luis aceleró el paso y, antes de poder darse cuenta, resbaló y cayó de costado contra el suelo. Su ropa y lo que llevaba en la mano quedaron calados.

—¡Ahí va, qué hostia se ha dado!— dijo el chico que había salido del baño. ¿Te has caído, Luis?

Varias cabezas salieron de las diferentes clases. Todas reían a carcajadas. Luis cogió sus cosas y siguió andando. El chico comenzó a seguirle.

—¿Eh, Luis?

—¿Qué hacéis fuera? Todos adentro— dijo una profesora cincuentona que había salido de una de las clases.

•••••

Llegó al portal de su casa. Lo observó. Era un edificio moderno de ladrillo naranja. Arriba estaría su tía, que ya habría sido puesta al corriente de todo por teléfono. No tenía el cuerpo para aguantar sermones. Pasó de largo y se dirigió a uno de sus lugares favoritos: el mercado.

El mercado de la Concepción era uno de los lugares más concurridos del barrio. Más incluso que algunos centros comerciales. En él había

tiendas y personas de todo tipo. Consistía en una estructura metálica que a Luis le recordaba una estación ferroviaria con dos pisos: en el de arriba, los puestos limpiamente alineados, en el sótano acababan de poner un supermercado.

Una viejecita pedía un kilo de limones al frutero. Luis la observó. La había visto alguna otra vez. En el puesto de al lado, dos amigos cincuentones compraban una botella de DYC “para el partido” y una niña pedía a su madre un paquete de gominolas. Luis siguió caminando hasta llegar a la pescadería.

El puesto de Salva estaba en el centro físico y de actividad del mercado. Las tiendas más importantes estaban allí, y uno se encontraba con gente conocida todos los días. Salva era el pescadero del barrio. Era un individuo bajito y tripudo que no llegaba a los cuarenta. Solía vestir con polos a rayas horizontales. Gente despreocupada. Maite, su mujer, era una algo más alta que él. En ese momento estaba atendiendo a un anciano delgado y con gafas que pedía medio kilo de gallo.

—Ahora mismo. ¡Coño, Luigi! —Salva observó a Luis— ¿Qué haces tú por aquí a estas horas? ¿No tendrías que estar en el colegio?

—Ahora te cuento.

—Maite— dijo Salva a su mujer —termina de limpiarle los gallos a este señor. Vente Luis.

A una seña de su amigo, Luis pasó a la trastienda.

—A ver, ¿qué ha pasado?

—Pues eso, que me han echado.

—¿Y tú qué has hecho?

—Nada.

—Venga, algo habrá sido.

—La profesora, que le ha molestado que pintase en el libro.

—¡Joder! ¡Pues evita estas cosas, coño! ¡Yo no pude ir a un colegio, como tú! ¡No tuve tanta suerte! Mi padre me puso a trabajar.

—Pues yo casi lo preferiría— Luis observó el aspecto feliz y saludable de Salva.

—¿Y por qué no se lo dices? Ya estás en edad.

—No me hace caso.

—De verdad que... —Salva resopló—. Bueno, tengo algo para ti.

—¿Sí?

—Es una cosa que me encontré en la tienda del “luli”— Salva sacó un CD de entre varios paquetes pequeños de bacalao—. Toma.

—¡Hostia!

—Lo he escuchado y es cojonudo. Es pirata pero se oye de maravilla.

—¡Muchas gracias, tío!

—Venga, te tengo que dejar que se me acumula la clientela. Luego nos vemos en el Chavi. ¡Y levanta el ánimo, que te veo muy pálido!

Luis caminó por el pasillo central del mercado en dirección a la salida. Empezaba a sentirse feliz. Ya no recordaba lo ocurrido por la mañana. Iría a ver a Eva, que ya habría salido del colegio, y le enseñaría lo que le había regalado Salva. Pasó por un puesto lleno de colorido. Se trataba de una floristería. Le compraría una rosa a Eva. Le gustaban mucho las rosas. Entró en el puesto.





—Buenas tardes.

—Buenas, quisiera una rosa.

Antes de poder coger la rosa que le daba de dependienta, una mano le dio un golpecito en el hombro que le hizo volverse..

—¡Tía!

—Supuse que te encontraría aquí. He hablado con tu profesora.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que estás expulsado por un mes. Ya verás la alegría que vas a darle a tus padres esta noche cuando vuelvan. ¿Qué has hecho para que te echen?

—Nada.

—¡Vamos a casa!

Su tía le empujó. Eso era algo que le molestaba mucho. Odiaba que la gente le empujase.

En un pequeño ascensor subieron a casa. Según entró en casa se metió en su cuarto y comenzó a escuchar música y a leer. Puso el disco de Salva. Deseó que el tiempo se hubiera detenido. Y mientras escuchaba las canciones, eso le pareció. Cuando la última pista terminó se hizo el silencio. De repente, Luis oyó voces que se aproximaban. Voces

conocidas tras las paredes. Cada vez se acercaban más. Tras unos segundos, la puerta se abrió.

—Hola, hijo.

—Hola.

Luis miró fijamente a su padre durante un instante. No se atrevió a acercarse y darle un beso. No hubiera tenido sentido.

El padre de Luis se rascó el bigote y se sentó sobre la cama.

—¿Qué ha pasado?

—Nada.

—Luis, por Dios, hijo, ¿qué has hecho?

—¡Nada!

—¿Por qué te niegas a hablar? ¿Crees que esto es justo? ¿Justo conmigo que estoy pagando uno de los colegios más caros de España? ¿Justo con tu madre?

—Yo no hice nada malo.

—No, qué va, si siempre son los demás, tú nunca haces nada. ¡Y, luego después de hacer la faena te vas tan contento a ver al gordo ése del pescado!

De forma casi instintiva, Luis tapó con un libro el disco que le había regalado Salva.

—Hijo, ¿qué hacemos?

—...

—Dímelo tú porque yo ya no lo sé.

—...

—¿No respondes?

Luis no sabía qué responder.

Su padre suspiró. Le miró unos segundos entristecido y se marchó encendiendo un cigarrillo.



Ésa noche, Luis se metió en la cama y apagó la luz. No podía cerrar los ojos. Oía voces en el salón. Voces que opinaban, que hablaban, que discutían y que gritaban. Sólo cuando el rayo de luz que había debajo la puerta se extinguió y se hizo el silencio, Luis pudo dormir.

•••••

–Vamos, hijo, prepárate –le dijo su padre al despertarle esa mañana.

Luis se levantó de la cama. Se duchó y se puso el nuevo uniforme. Se peinó. Fuera, en la calle aún era de noche y las farolas alumbraban la calle. Se puso sus gafas y fue hacia el recibidor: allí le esperaban sus padres. Salieron de casa y se metieron en el ascensor. Algunos vecinos madrugadores de pisos de más abajo entraron en él. En la estrechez del habitáculo, Luis pudo notar como todas las miradas, directa o indirectamente se fijaban en él. Llegaron al parking. El BMW de su padre parecía hoy más austero que nunca. Se sentó en el asiento de atrás y se recostó sobre el brazo para tratar de dormir un poco.

La luz de las farolas y del sol que comenzaba a despuntar lo despertaron. Se irguió y miró por la ventanilla. Vio su casa alejarse, el edificio de ladrillo naranja que se hizo más y más pequeño hasta perderse de vista. Al pasar por el mercado le dedicó una última mirada. Vio grandes camiones de los que hombres con delantales a rayas verdes descargaban cajas de madera empapada. Vio a Salva, que hablaba con un tipo que se metía en un camión. Pero no oía lo que decía. Como si fuese una película muda. Una imagen que, cuando el semáforo se puso en verd, comenzó a alejarse más y más. El mercado se alejó. Cuando salieron a la carretera ya lo había perdido de vista. El viaje duró una media hora.

•••••

Luis vio alejarse el BMW azul de su padre aquella mañana. Entró en su nueva clase, se sentó y trató de concentrarse en lo que decía un profesor con la cara picada de viruelas, gafas de montura oscura y pelos en las orejas que hablaba de cierto tipo de funciones periódicas. Sintió como el resto de los alumnos le observaba con distancia. Decidió observarles también. Uno, con el pelo hacia arriba como un puerco espín, cuchicheaba algo a una niña y le pasaba una notita. Otro, con el pelo muy corto y hacia arriba en el inicio de la frente oía bakalao en un discman y daba suaves golpes en la mesa siguiendo el ritmo. Otro, con la bandera de España bordada en el cuello de su polo se esmeraba en escribir en su agenda “MOROS MUERTOS” sobre un dibujo de la bandera pre-



constitucional. Había uno, de cabeza limpiamente rasurada, que miraba fijamente a Luis. No le quitaba el ojo de encima. Quizá fuese por su corta melena. Quizá por un colgante que llevaba con el símbolo de la paz.

•••••

Luis entró en el comedor en fila con los demás alumnos. Algunos reían contando los pormenores del día. Él no tenía nada que contar. Y aunque estuviera con más de 30 chicos de su edad se sintió solo. Cuando le llegó el turno, cogió una bandeja y pasó por el autoservicio. Observó los platos. En uno, unos tortellinis de pasta requemada con salsa de tomate de color naranja claro ocupaban la mayor parte del plato. En otro (de segundo), una hamburguesa de color oscuro y aspecto reseco. Daba igual. De todas formas tampoco tenía hambre. Cogió un yogur y dos trozos de pan. Se sentó en una mesa vacía y sólo miró el tablero. Los alumnos le miraban y señalaban. Algunos se reían. Sintió sed. Cogió una gran jarra de acero galvanizado que había en el centro de la mesa y al irse a servir notó algo extraño: una miga de pan yacía en el fondo. <<¿Cómo lo llamaban? ¡Ah, sí!: un submarino.>> Dejó la jarra donde estaba y empezó a hacer dibujos en una servilleta.

Aquella noche, cuando se ordenó ir a dormir en la residencia masculina, Luis se metió en la cama y esperó a que el profesor de guardia se fuese a dormir y apagase la luz del pasillo. Cuando todo quedó a oscuras y en silencio tocó su colgante de la paz. Eva, su novia, se lo había regalado la última Navidad. Recordó el día en que se conocieron, en el mercado, y su despedida, allí mismo el día anterior. El olor de su pelo castaño. Sus ojos marrones. Su sonrisa. Recordó cuando ella le consolaba por una bronca con sus padres o unas malas notas o cualquier otra cosa. Ella ya no estaba allí. Pensando en esto se le llenaron los ojos de lágrimas. ●

PABLO MANZANO BEN
ESTUDIANTE



MERCAT DE LA CONCEPCIÓ. BARCELONA

El Mercat de la Concepció fue inaugurado en 1888 y su arquitectura es representativa de una época caracterizada por el predominio de las construcciones de hierro: el último cuarto del siglo XIX y primero del XX.

No fue el primero de su especie: los mercados al aire libre ya existían en Barcelona desde mitades del siglo XVII.

El cierre del mercado es de obra vista, donde destaca la cobertura a base de piezas de cerámica vidriada.

La superficie total de Mercado es de unos 9.400 metros cuadrados. Las estructuras del edificio fueron reformadas en 1982 y 1990; y en 1998 se realizó una remodelación global de sus instalaciones.